
EL SÍNDROME DE ÇATAL HÜYÜK: OBSERVACIONES SOBRE LAS TENDENCIAS AGLOMERATIVAS TEMPRANAS

Krzysztof Makowski Hanula

Resumen

El autor aborda la problemática que se presenta al interrogarnos sobre el surgimiento del urbanismo en la zona andina. Se hace una revisión teórica de los modelos aplicados en el área, que se han basado en los paradigmas de corte evolucionista de Gordon Childe y Julian Steward, investigadores que trabajaron en los patrones de asentamientos de Mesopotamia, Grecia, Italia y Europa medieval.

El «Síndrome de Çatal Hüyük» se refiere a la tradición científica de explicar el urbanismo andino haciendo un paralelo con las fases de desarrollo descubiertas en aquel establecimiento del Medio Oriente. El autor propone la asunción de modelos propios de análisis y obtener así, un adecuado entendimiento de las primeras sociedades complejas andinas, que se han caracterizado principalmente por un patrón de asentamiento "antiurbano". Esto no significa soslayar las propuestas evolucionistas, sino de asimilar las proposiciones relevantes y aplicarlas a nuestra realidad.

Abstract

The author approaches the problematic that is presented when interrogating us on the emergence of the urbanism in the Andean area. He has made a theoretical revision of the models applied in that zone, which have been based on the paradigms of evolucionist court of Gordon Childe and Julian Steward, researchers that worked in the patterns of establishments of Mesopotamia, Greece, Italy and medieval Europe.

The «Syndrome of Çatal Hüyük» refers to the scientific tradition of explaining the Andean urbanism making a parallel with the development phases discovered in that establishment of the Middle East. The author proposes the assumption of own models of analysis and obtain of this way, an appropriate understanding of the first Andean complex societies that have been characterized mainly by a pattern of «anriurban» establishment. This doesn't mean to ignore the evolucionist proposals, but to assimilate the important propositions and to apply them to our reality.

INTRODUCCIÓN

La invitación de los organizadores del evento* para «confrontar apreciaciones acerca de la formación de la ciudad en el Área Andina y presentar una visión nueva, general y comparativa de sus orígenes» puede interpretarse de dos maneras: La primera, implica aceptar que el desarrollo seguido por las sociedades de Mesopotamia, Grecia, Italia o Europa medieval fue la única alternativa en las épocas preindustriales. Así lo sugerían los modelos evolucionistas de corte materialista o idealista, que tradicionalmente se manejaban en la arqueología andina desde hace cuatro décadas. Según la segunda lectura posible, la amable invitación que nos hizo reunir aquí, podría ser considerada como una suerte de «provocación intelectual». Se nos invitaría en este segundo caso a verificar si los modelos que manejamos son viables y nos ayudan a entender el camino que adoptaron las sociedades complejas en los Andes. En tal caso, bajo el término ciudad se entendería cualquier forma de asentamiento con población permanente, cuya complejidad formal y funcional rebasa el marco impuesto por la definición de un simple asentamiento aldeano. Es decir, de un asentamiento con el área menor a 4 ha, y compuesto de unidades habitacionales poco diferenciadas formalmente, incluyendo los espacios públicos. No es necesario seguir a la letra modelos de corte evolucionista, como los propuestos por Gordon Childe o Julian Steward, para estar de acuerdo con las cuatro premisas que sustentan las interpretaciones de patrones de asentamiento en la prehistoria (véase, por ejemplo, Kent, 1990):

a) La complejidad social tiene necesariamente su expresión material en la arquitectura y, en general, en el uso del espacio. A mayor complejidad, mayor diversidad de formas y funciones en la arquitectura y, a veces, mayor envergadura de las construcciones.

b) La estructura social, el sistema económico, los principios de cosmovisión y, a menudo, las ideologías políticas, se reflejan (directa o indirectamente) en las formas arquitectónicas, y en los modos de organización espacial de los asentamientos. Esto da lugar a una notable variedad de soluciones que se perciben en diferentes áreas del Viejo y Nuevo Mundo.

c) El espiral demográfico se desencadena inevitablemente, y de modo universal, a partir del período en que la domesticación de plantas y animales crea las condiciones para que se generalice el modo de vida sedentario. Por ende, la densidad poblacional tiende a incrementarse notablemente a partir de la transición entre el Neolítico Precerámico y el Neolítico Cerámico (períodos Arcaico Tardío y Formativo Temprano).

d) El desarrollo tecnológico suele generar mecanismos aglomerativos. Por un lado, influye positivamente en la densidad poblacional; y por otro, la tendencia autosostenida hacia el desarrollo tecnológico depende del incremento constante en el número de productores, distribuidores y cuadros directivos en el área cubierta por un mismo sistema de comunicación.

Dentro de las dos líneas mencionadas en la primera página nosotros compartimos la segunda perspectiva. El progreso de la arqueología y la antropología, durante las últimas tres décadas, puso en relieve que la diversidad de los caminos de desarrollo escapa a estrechas clasificaciones binarias: *sociedades aldeanas/sociedades urbanas, barbarie/civilización, jefatura/Estado*. Guardo esperanza de que el estudio de la arquitectura y del sistema de asentamientos, liberado de modelos preconcebidos, pueda arrojar datos decisivos sobre las particularidades del desarrollo andino.

1. ORÍGENES DE LA CIUDAD: ¿QUÉ ES LO QUE REALMENTE BUSCAMOS?

Para fundamentar mi punto de vista me siento obligado en primera instancia, a formular la pre-

(*) Se refiere al Simposio Internacional «Los Orígenes de la Ciudad en el Perú Prehispánico», que organizara el Museo de Arqueología y Antropología de la UNMSM del 6 al 8 de agosto de 1998.

gunta hecha líneas arriba. Ésta no es nueva ni original pero aún así, no tiene una respuesta clara y contundente. El término urbano se usa en la arqueología peruana en varias acepciones: a) axiomática. b) Comparativa. c) Pragmática y d) Funcional, que desde los años 80 se vislumbra como una cuarta perspectiva de investigación sobre el tema de urbanismo prehistórico.

Quienes utilizan la acepción axiomática asumen que la existencia de extensos complejos de arquitectura monumental, diversificada formalmente y rodeada de dependencias, implica necesariamente un grado avanzado de complejidad socioeconómica, es decir, el urbanismo. Dentro de este argumento, la civilización y el urbanismo constituyen fenómenos tan universales, como indisociables.

En su acepción comparativa usan el término urbanismo aquellos estudiosos para los cuales el proceso de evolución social y política que condicionó el surgimiento de la ciudad y el Estado en el Mediterráneo Oriental (Mesopotamia) se repitió en otras áreas culturales del mundo con variantes poco significativas. y, por lo tanto, puede tomarse como modelo.

La acepción que podría ser tildada de pragmática, se desprende de la clasificación binaria de asentamientos pre y proto-históricos en urbanos y aldeanos, según los criterios de extensión y diseño arquitectónico. Aldeanos son aquellos conjuntos de arquitectura que carecen de núcleos públicos formalmente diferenciados, y ocupan un área menor a 4 ha. Todos los otros conjuntos pueden ser llamados ciudades, centros ceremoniales o centros administrativos. Los criterios empleados para diferenciar una de estas opciones interpretativas de las otras son confusos, y varios autores usan los tres términos que acabamos de mencionar alternativamente, como sinónimos o términos compuestos, por ejemplo, *ciudad sagrada*, *centro ceremonial-administrativo*.

La perspectiva funcional o etnohistórica, se inspira en los resultados de excavaciones sistemáticas que se realizaron dentro de presumibles conjuntos urbanos y está alimentada, con frecuencia, por la reflexión post-procesual en arqueolo-

gía. Aquellos resultados entraron en abierta contradicción con supuestos que sirvieron de fundamento a la teoría de desarrollo urbano, pues demostraron que la similitud de formas arquitectónicas (por ejemplo, el problema del diseño ortogonal), no implica necesariamente, cuando se comparan sociedades diferentes, un parentesco funcional en los aspectos de economía, organización social, cosmovisión y ejercicio de poder. Por ende, los partidarios del enfoque funcional recomiendan mayor prudencia a la hora de usar los conceptos de ciudad y urbanismo, que están relacionados de manera implícita e indisociable con la reflexión histórica sobre el origen y desarrollo de la cultura occidental.

Cuando en los años 60 se forjaron las propuestas cronológicas e interpretativas vigentes hasta hoy, tres autores propusieron tres lecturas diferentes de la realidad andina prehispánica, en las que la ciudad, como supuesto fenómeno universal, jugaba el papel central. Nos referimos a John H. Rowe, Richard P. Schaedel y Luis G. Lumbreras.

Rowe (1963), con un enfoque pragmático inspirado en la comparación con el urbanismo griego, ha diferenciado cuatro clases de aglomeraciones, según los criterios siguientes: En primer lugar, el tipo de ocupación de los residentes, a saber, producción artesanal, comercio, servicios, administración y defensa, por un lado, y la producción agrícola, por el otro, marcan la diferencia entre ciudad y aldea. La relación entre la aglomeración y el espacio circundante es de menor relevancia, puesto que existen casos, tanto de ciudades *acoríticas* (sin el cinturón de aldeas), como de ciudades *sincoríticas*. Rowe, asimismo, ha creído necesario hacer la distinción entre centro ceremonial -carente de población permanente o muy reducida- y la ciudad. En su opinión, ambas formas de asentamiento tuvieron desarrollos paralelos en los Andes prehispánicos.

Los otros dos investigadores construyeron sus modelos interpretativos inspirados por los estudios sobre el desarrollo urbano en Mesopotamia prehistórica. Sin embargo, cada uno de ellos tomó por referencia otra lectura de la secuencia de cambios en la tecnología y en el patrón de asenta-

miento. Luis G. Lumbreras (1963, 1987, 1989, *inter alia*) adoptó la propuesta más temprana de Gordon Childe (1936 [1982], 1942 [1985]), la que fue formulada antes del impacto provocado por el uso del C14, y antes del auge de los estudios sobre el neolítico y chalcolítico del Creciente Fértil. Mientras que Richard P. Schaedel (1966a, b; 1969; 1978; 1980a, b) desarrolló a su vez las ideas de Julian H. Steward y Donald Collier (Steward *et al.*, 1955), inspiradas en las investigaciones sobre el urbanismo en Mesopotamia de Robert Mc. Adams (1966, 1981; Adams y Nissen, 1972). Mc. Adams, había dirigido los proyectos de prospección sistemática en Sumeria (Mesopotamia baja), en la cuenca de Diyala y en el área de Uruk. La metodología de campo y sus planteamientos interpretativos fueron transpolados directamente hacia otras latitudes y realidades. Se sirvieron de ellos, entre otros, H. T. Wright y J.A. Neely en Susiana, así como Sanders y Price (1968) para reconstruir la formación de la aglomeración de Teotihuacán (véase, también, Sanders, 1988). Estas influencias se dejaron sentir en el Perú, no sólo en Schaedel y Wilson (1988), sino también en Isbell (1977; 1985), Massey (1986) y Schreiber (1992), entre otros. Las interpretaciones que Adams hace del proceso urbano fueron tomadas en cuenta por Elman Service (1975) en su influyente teoría sobre el origen del Estado.

El modelo de Schaedel (1966a, b; 1969; 1978; 1980a, b) se sustenta en las siguientes premisas: La organización espacial de asentamientos en la Mesopotamia baja durante el reino de Sargónidas (Imperio Accadiense) puede considerarse típica para todas las redes urbanas en la antigüedad. Su nacimiento siempre se relaciona con la formación de Estados regionales expansivos. El mismo carácter universal tendría el proceso de urbanización reconstruido por Adams. Por lo tanto, en los Andes, así como en otras partes del mundo, se percibirían tres estadios de urbanización, los mismos que fueron planteados en 1953 por Steward y Collier (*loc. cit.*):

a) El marcado aumento de población y la aparición de la élite guerrera en el período Formativo Tardío, a raíz de la construcción del sistema de

riego forzado, se refleja en el patrón de asentamientos y antecede a la formación de entidades políticas regionales.

b) «*Las capitales de los estados, pueblos grandes que se aglutinaron alrededor de los enormes templos-pirámides (...)*» (Collier, *loc. cit.*) en el período de Florecimiento Regional -hoy Desarrollos Regionales-, constituyen los antecedentes inmediatos del «verdadero urbanismo».

c) Este último fenómeno es producto del conflicto dentro de una sociedad fuertemente estratificada. La nueva élite guerrera somete a la antigua élite sacerdotal y las estructuras políticas del Estado tienden a secularizarse. De este modo, en la fase inicial del «Estadio Expansivo Militarista» (período Huari) resulta inevitable la «*decaencia de los templos-pirámides como centros religiosos y núcleos comunales*» (Collier, *loc. cit.*). Éstos son sustituidos por *tipos urbanos de poblamiento planeado*.

A diferencia de Rowe y Lumbreras, Schaedel entiende la aparición de la ciudad como producto de un largo proceso evolutivo. Estos resultados son empíricamente comprobables mediante la confrontación de cambios en la densidad poblacional, la cual es estimada a partir del área habitable y el área bajo cultivo, por un lado y las transformaciones de la estructura de asentamientos, por el otro. Para que un patrón de asentamiento pueda ser considerado como urbano es necesario por lo menos cuatro rangos de tamaño, un mínimo de 10% de población concentrada en grandes aglomeraciones y una organización en la que los sitios mayores tiendan a ubicarse en el centro de sus micro-regiones respectivas.

En su propuesta, Luis G. Lumbreras interpreta el modelo de Steward y Collier siguiendo las pautas neomarxistas de Gordon Childe (Lumbreras, 1986). Las leyes de la historia predeterminan, se supone, el proceso urbano y el nacimiento de la civilización. La transformación de la sociedad aldeana en urbana tiene, según Lumbreras (1969, 1987, 1989), el carácter de salto revolucionario condicionado por el desarrollo de las tecnologías agrícolas a lo largo de los períodos Arcaico y For-

mativo. El incremento del excedente producido es constante y crea el sustento necesario para un número cada vez mayor de productores especializados y dirigentes. En estas condiciones la aparición de clases sociales, con intereses antagónicos, es inminente, y con ellas surge el Estado como aparato coercitivo. La clase dominante reside en la ciudad, que se convierte en sede de los poderes del Estado. El desarrollo urbano es, desde esta perspectiva, el reflejo material de la formación de clases sociales.

Las posiciones que acabamos de resumir son sumamente divergentes. De la larga lista de criterios propuestos hace 30 años por Jorge Hardoy (1964, 1968) para definir a la ciudad prehispánica, sólo dos son compartidos por todos los autores: a) La planificación y b) la diversidad formal de las estructuras tendría su explicación, se supone, en diferentes funciones de espacios abiertos y techados. Citemos el caso de Chíncha para ilustrar el grado de discrepancia.

Sitios como las Huacas Soto, San Pablo, Santa Rosa y Alvarado, que para Rowe (1963: 2-5), Wallace (1986: 43) y otros tuvieron carácter de centros ceremoniales vacíos, son las mejores expresiones del fenómeno urbano (Canziani, 1992). Por el contrario, los lugares que Rowe califica como ciudades reciben el calificativo de extensos pueblos (Canziani, 1992). Las discrepancias en el orden cronológico son más agudas aún: en opinión de Rowe (1963), Canziani y, con ciertas reservas, Burger (1992: 172), las primeras ciudades de los Andes Centrales se construyeron en el Formativo Tardío. Para Lumbreras (1969; 1975), Schaedel (*loc. cit.*, 1988: 772-773), Williams (1980), Wilson (1988) y Shimada (1994) se puede hablar de verdadero urbanismo unos nueve siglos más tarde, en los tiempos Huari. Recientemente, Ruth Shady (1998), bajo la impresión de la complejidad de Caral, se siente tentada a buscar los orígenes del urbanismo en la fase transicional entre los períodos Arcaico y Formativo (aproximadamente entre los 2200 y 1500 años a.C.). Su hipótesis podría verse, de algún modo, apoyada por las investigaciones de Thomas y Shelia Pozorski (1987, 1994, *inter alia*). Sin embargo, estos autores prefieren interpretar el sorprendente auge de la arquitectura monumental

en el vecino valle de Casma (v.g. Sechín, Taukachi-Konkán, Pampa de las Llamas-Moxeke) como el efecto de la emergencia de pequeños Estados prístinos, es decir, de «*formas políticas tempranas caracterizadas por una mayor separación entre las actividades religiosas y seculares*» (Pozorski y Pozorski, 1994: 51). Oponen, asimismo, la civilización del Formativo Temprano, con sus bases en la agricultura de riego, a la conservadora tradición acerámica del Alto Salaverry, Salinas de Chao y Huaynuná, en la que el fogón ventilado es uno de los elementos recurrentes de la arquitectura ceremonial, como acontece en el complejo de sitios Chupacigarro-Caral.

El marco teórico se ha vuelto aún más confuso en los últimos quince años, cuando los postulados teóricos sustentados por prospecciones y reconocimientos, fueron confrontados con los resultados de excavaciones en área y con levantamientos precisos, cuya falta Bonavia (1978) resaltaba con razón. Los mayores exponentes del urbanismo planificado inca, por ejemplo, Huanucopampa (Morris y Thompson, 1985) y Huari, por ejemplo Azángaro (Anders, 1988) y Pikillacta (Mc. Ewan, 1989, 1997 *inter alia*) resultaron tener muy poco en común con la ciudad mediterránea: mínima población permanente, constante movimiento de residentes temporales, énfasis en funciones ceremoniales a las que se subordinaron las actividades administrativas y productivas, corta vida del conjunto. Asimismo, empezó a diluirse la distinción (tan útil y, al parecer, tan segura) entre los complejos horizontales de arquitectura ortogonal supuestamente residenciales y los montículos aterrazados, hipotéticamente contruidos con propósito exclusivamente ceremoniales. Los primeros solían ser considerados como formas diagnósticas de la arquitectura urbana, *secular*; los segundos, definían a los denominados *centros ceremoniales*. Cabe enfatizar que las recientes investigaciones en la Huaca de la Luna (Uceda, Mujica y Morales, 1995), pusieron en evidencia que las supuestas pirámides se crearon por la superposición intencional de compleja arquitectura con segmentos ceremoniales y residenciales (véase también El Brujo, Túcume y Pachacamac). Demostraron también que sin excavaciones en área no es aconsejable prejuzgar sobre las características ceremoniales o residenciales de un conjunto monumental, y menos

adscribirle el denominativo de espacio secular o espacio sagrado.

Por otro lado, como lo hemos intentado demostrar en otra parte (Makowski, 1996a, b), los patrones de asentamiento perceptibles en los Andes tienen muchos rasgos particulares que podrían resumirse como una solución «antiurbana» y, en todo caso, son más cercanos a lo que observamos en el valle del Nilo durante el Chalcolítico y Bronce Temprano que en el valle de Eufrates y Tigris.

Dados los antecedentes mencionados, la pregunta sobre qué buscamos podría merecer por lo menos cuatro respuestas:

a) Expresiones de un urbanismo planificado a la manera helenístico-romana, y cuya existencia estaría íntimamente relacionada con el surgimiento del Estado y con la forma de centro administrativo.

b) La confirmación del supuesto que el proceso de urbanización definido en Mesopotamia se repitió en los Andes.

c) Indicios de un urbanismo truncado: las dependencias de templos y/o palacios habrían crecido en ciertos períodos convirtiéndose en centros protourbanos, por ejemplo, Chavín de Janabarriu (Burger, 1998).

d) Antecedentes de un patrón de asentamientos andino «antiurbano» en su esencia.

Contrastaremos a continuación cada una de estas alternativas, empezando por la del urbanismo planificado.

II. LA PLANIFICACIÓN COMO RASGO DISTINTIVO DEL TRAZO URBANO

Uno de los criterios frecuentemente utilizado para diferenciar a la ciudad de un asentamiento rural en los Andes es la planificación del conjunto. Resulta sorprendente constatar, en este contexto, que la planificación aparece muy tardíamente como el fenómeno generalizado en la historia del urbanismo del Viejo Mundo. En las ciudades de

Mesopotamia, Siro-Palestina y Grecia, hasta bien avanzado el siglo IV a.C., el crecimiento bastante caótico se encausa en el marco constituido por el trazo no siempre recto de caminos tradicionales de acceso a la plaza, al templo y/o al palacio; así como por el cinturón de las defensas.

La introducción del plano de damero en las ciudades griegas y romanas se relaciona tradicionalmente con el nombre de Hipodames de Mileto y con la discusión teórica iniciada por Hipócrates de Cos, Platón y Aristóteles. Las primeras ciudades que lo poseen plenamente fueron construidas en la primera mitad del siglo IV a.C., por ejemplo, Megalópolis en Grecia Continental o Priene en Asia Menor (Castagnoli, 1956; Kriesis, 1965; Bernhard, 1974: 35-94). Los antecedentes inmediatos provienen de las colonias griegas en Magna Grecia (Italia) y en la costa del Mar Negro (Wasowicz, 1977; Kent ed., 1990). El trazado de dos ejes perpendiculares que se cruzan en el centro geométrico del espacio urbano, es decir, las anchas avenidas *cardo* y *decumanus*, se agrega, en los tiempos romanos, al diseño clásico, *hipodameo*, de la ciudad (Boethius, 1948). Este modelo fue transmitido, entre otros, por Vitruvio y sirvió de inspiración a los urbanistas del Renacimiento, quienes lo difundieron en las Américas (Hardoy, 1978). La influencia del trazo romano fue directa en el caso de las ciudades militares medievales españolas (Chueca Goitia y Torres Balbas, 1981: XIII).

Por lo visto, la planificación no es un atributo indispensable del complejo urbano. Por el contrario, el crecimiento espontáneo, desordenado y gradual, durante más de cinco siglos en promedio, alrededor de un núcleo constituido por la sede del poder político y religioso, o por un templo y una plaza mercante, fue la característica del urbanismo prístino en todas las áreas donde este proceso se dio. El trazo planificado fue más bien propio de las construcciones emprendidas por el Estado: Lo poseen centros ceremoniales, palacios y fortificaciones. También, lo tienen algunas capitales fundadas por decisión política en un descampado, por ejemplo, Tell el Amarna (din. XVIII) o Tanis (din. XIX) en Egipto (Trigger *et alii*, 1988). En este último caso, la planificación es la consecuencia del rito de fundación en el que

la futura ciudad adquiere atributos del centro del mundo. La tripartición de Tell el Amarna y Tanis simboliza la oposición de los Egiptos alto y bajo unidos por el centro: Los templos del dios protector del imperio y las residencias principales del faraón. La cuatripartición del trazo de algunas capitales en Siria, Mesopotamia y Susiana con cuatro ejes cardinales, nos remite a una idea similar. Cabe, sin embargo, recordar que el trazo planificado desaparece muy pronto debajo de casas y calles sinuosas (Mc. Adam, 1981; Crawford, 1991: 48-53, Figs. 4.1-4.4).

El otro aspecto que siempre tomamos en cuenta en los estudios comparativos es la organización del espacio. En las ciudades del Viejo Mundo, las áreas públicas con las construcciones de carácter monumental constituyen uno, a veces dos centros, de los cuales uno es defensivo (*forum*, *agora*, *acrópolis*, *temenos* central con el palacio y el templo en su interior en el Cercano Oriente). Las calles y eventualmente las plazas articulan el centro con el cinturón de barrios residenciales. Las áreas públicas (incluyendo las plazas) constituyen, en promedio un 30% del área total de la ciudad. En los Andes, esta proporción se invierte en todos los conjuntos urbanos donde la estimación del área habitacional es posible con cierta precisión. Además, el trazo está compuesto de varios segmentos separados uno del otro, sin que ningún centro los articule por ejemplo, Chanchán o Pampa Grande. La esencia misma del diseño es diferente. En el Viejo Mundo las áreas techadas con sus ejes de acceso organizan el espacio, en cambio, en los Andes, las áreas abiertas (el patio, la *cancha*) son las que cumplen esta función. El recinto cerrado o la plaza semiabierta íntimamente asociada con un sistema de plataformas y estructuras techadas es la unidad básica de la arquitectura considerada urbana en el Perú prehispánico. El principio es perceptible ya en la arquitectura sacra del Formativo. La característica mencionada es la única responsable de la impresión de planificación. Cabe enfatizar, que las áreas domésticas, colindantes con los segmentos de arquitectura de trazo ortogonal, tienen un aspecto caótico y carecen de articulación con los recintos.

Llegamos así, a la conclusión de que el complejo urbano en los Andes no se parece en nada a

la ciudad del Mediterráneo Antiguo. Las diferencias se desprenden probablemente de la distinta articulación entre las tres categorías del espacio: doméstico (privado), comunitario (público, ceremonial) y sagrado (templo, residencia del gobernante). En la ciudad los segmentos doméstico y sagrado distribuyen el espacio. En la aglomeración andina el segmento comunitario lo organiza todo, incorporando el espacio sagrado y marginando los espacios domésticos. Quizás por ello, la forma arquitectónica del palacio difundida en el Mediterráneo Oriental del período del Bronce Medio y Tardío resulta ser un paralelo formal y funcional a las aglomeraciones andinas mucho más cercano que el de la ciudad: Grandes plazas de acceso restringido, complejos de trazo ortogonal con salas y cubículos de reuniones, reducidas áreas domésticas de élite, amplios almacenes, templos o áreas sagradas incorporadas (Margueron, 1982). Al lado de este complejo de arquitectura ortogonal planificada, se extienden amplios barrios de los funcionarios del palacio y de los artesanos productores de indumentaria ritual y armas. En Egipto, los templos funerarios diseñados como palacios y circundados por los asentamientos planificados de artesanos y funcionarios de la necrópolis, conforman una réplica de la residencia terrenal del gobernante.

III. COMPARANDO PROCESOS: EL URBANISMO *SUI GENERIS* ANDINO

Los estudios sobre el urbanismo mesopotámico han alimentado todos los modelos procesuales. No es necesario ser partidario de los planteamientos de Gordon Childe para reconocer la profundidad de los cambios ocurridos en todos los aspectos de la cultura de Mesopotamia entre los 4000 y los 3000 años a.C. La concentración de la población en los centros urbanos y la creciente dependencia de la agricultura de riego figuran entre los factores principales de esta transformación. A lo que se agrega la difusión del arado tirado por bueyes, la tecnificación de la guerra (armas de bronce, carros de batalla) y del transporte (bucque de vela, y carro de eje fijo jalado por bueyes o por onagros). Los tres últimos factores y las bases agrícolas (cebada, trigo, lino, bóvidos y ovinos, en menor grado cápridos y suidos, además de un amplio espectro de legumbres y frutales) contri-

buyen a la sustitución de la economía comunitaria por un sistema basado en la tenencia individual de la tierra. Es necesario enfatizar que estos mismos factores hacen una clara diferencia con el mundo andino.

El proceso de transformación de las aldeas en ciudades demora aproximadamente dos mil años de secuencia ininterrumpida. En los centros urbanos más importantes casi toda esta secuencia es perceptible, puesto que las subsiguientes fases de ocupación se sobrepone formando un *tell* (un montículo artificial de compleja estratigrafía) en el que se dibuja toda la historia del sitio. En algunos *tell* hay más de 30 capas, cada una de ellas conteniendo estratos internos de nivelación, construcción y destrucción sucesivas.

El proceso de urbanización podría ser subdividido en tres estadios sucesivos. El primero, abarca aproximadamente 800 años, entre el período Obeid 3 y 4 e inicio del Uruk Tardío en 3400 años a.C. En este primer estadio se percibe el fenómeno de «centralización multifuncional gradual» (según Schaedel 1978: 32; *nucleation* de Sanders y Price 1968: 201). El concepto alude al cambio en el patrón de asentamientos. Ciertas aldeas crecen llegando a tener entre 10 ha. (Eridu) y 25 ha. (Susa A) en el período Obeid 4. En el centro de estas mismas aldeas aparecen edificios relativamente modestos, similares a las casas habitacionales, pero con evidencias inobjectables de uso ceremonial y de producción de indumentaria ritual dentro del *temenos*.

En el segundo estadio, comprendido entre el Uruk Tardío y el fin del Dinástico Temprano I (3400-2750 años a.C.) ocurren tres fenómenos importantes: el centro adquiere forma monumental, diferenciándose el templo alto (*ziggurat*), el templo bajo y el área residencial del palacio; los accesos a las áreas ceremoniales abiertas anteriormente, ahora se restringen cada vez más; las tendencias aglomerativas dan un salto importante. Al comienzo de este estadio hay sólo cuatro sitios cuya área sobrepasa las 25 ha., de los cuales el más extenso es Eridu, con más de 45 ha. (Finbeiner, 1986: 90-106). En el siglo XXVIII a.C. los sitios mayores a 25 ha. se encontraban también fuera del área nuclear de Sumeria baja,

incluyendo la cuenca de Diyala (Adams, 1965, 1981). Hay entre ellos varias ciudades conocidas de los textos, como Shuruppak, Adab y Nippur, esta última sede de la *amfictyonía* sumeria. Los tres mencionados y Abu Salabikh llegan a tener 50 ha. Uruk es un caso excepcional, su crecimiento hasta las 400 ha. provocó la desaparición de asentamientos menores 15 km a la redonda (Adams y Nissen, 1972). Hay una probable relación entre las tendencias aglomerativas y el inicio de la construcción de los canales troncales de riego y drenaje. Es pertinente anotar, que durante este período también se inventa y difunde la escritura.

El tercer estadio abarca el Dinástico Temprano II y III, así como una parte, aún por definir, del período Accadiense (aproximadamente, entre los 2750 y 2200 años a.C.) con este estadio de la protohistoria entramos en la historia. Los textos reportan nombres de funcionarios y, en algunos casos, reyes hereditarios. La información contenida en ellos permite afirmar que las estructuras políticas de la ciudad-Estado se consolidaron a partir del Estado-templo (Foster, 1981). Las tendencias aglomerativas llegan a su punto máximo. Según los estimados, el 78% de la población vive en los asentamientos mayores a 10 ha. La mayor parte de ellos está provista de imponentes murallas o se ubica cerca de una ciudad fortificada (Crawford, 1991: 29-47, 57-102). Los textos reportan conflictos armados crónicos por el control de los canales. La *amfictyonía* de Nippur protegida por los reyes de Kish está mencionada como el garante de los tratados. Recién los gobernantes semíticos de la dinastía de los Sargónidas logran unificar a toda la Mesopotamia y Susiana en aproximadamente los 2350 años a.C. poniendo fin a los conflictos. Gracias al desarrollo del comercio estatal a larga distancia, los patrones urbanos junto con los elementos de la cultura sumeria se difunden llegando hasta la costa siria, libanesa y las islas del Golfo Pérsico. Mari y Ebla (Tell Mardikh) son los ejemplos más destacados del urbanismo temprano en el área semítica impulsado por el desarrollo de Sumeria. El último cambio en el desarrollo urbano de Sumeria acontece a fines del tercer milenio a.C. a raíz de la política de los Sargónidas y de los reyes de la primera dinastía de Ur, fundadores de dos grandes

Estados regionales expansivos, con características de imperios tempranos. Nos referimos al declive en el número de los asentamientos grandes, compensado por la multiplicación de las aldeas satélites (Gibson, 1972). Es en esta época que se consolida el patrón jerárquico de por lo menos cuatro niveles, retomado como paralelo por Isbell (1977, 1984, 1988) en sus estudios sobre el Imperio Huari. La comunicación entre las ciudades en los tiempos de la primera dinastía de Ur está asegurada por una impresionante red de caminos fluviales y terrestres, que permiten el transporte de miles de toneladas de granos al año, abasteciendo a las poblaciones urbanas. Ur podría tener hasta 200000 habitantes. En el comercio a larga distancia se forma una especie de sistema mundial (Algaze, 1993) que abarca con su red comercial, incluso a las lejanas aglomeraciones de Moenjodaro y Harappa, por un lado, y el valle del Nilo, por otro.

En comparación con Mesopotamia la secuencia centro-andina revela notables diferencias. La primera, concierne a la duración y la estabilidad de procesos aglomerativos. La transformación del patrón aldeano en urbano en el valle bajo de los ríos Eufrates y Tigris tomó el tiempo comparable al que habría transcurrido entre la construcción del Templo Nuevo en Chavín de Huántar y la conquista española, y fue un proceso gradual. La red urbana que se fue formando tuvo una impresionante estabilidad a prueba de las coyunturas políticas y crisis ecológicas (por ejemplo, salinización). Aproximadamente, la mitad de los centros urbanos grandes y medianos fundados antes de los 2200 años a.C., fueron habitadas dos mil años después. Los procesos urbanos inducidos a partir del foco mesopotámico, uno tras otro, en Siro-Palestina, Grecia, Occidente romano y Europa medieval tienen una duración más corta, pero la estabilidad del patrón urbano también es notable.

Ninguna de las subregiones del área centro-andina ha conocido un proceso de estas características. Incluso las grandes aglomeraciones como Huari (Isbell, 1977, 1984, 1988; Lumbreras, 1974), Cajamarquilla (Cavatrunci, 1990; Mogrovejo y Makowski, 1999), Chanchán (Moseley y Kent, 1982; Moseley *et alii*, 1990)

tienen una vida relativamente corta, de 200 a 600 años, con un nacimiento violento y crecimiento rápido. Ni siquiera los centros ceremoniales logran superar la barrera de 1000 años de uso continuo manteniendo el mismo diseño. La formación de aglomeraciones urbanas y centros ceremoniales no crea generalmente antecedentes para el desarrollo posterior. Su destino parece depender totalmente de las coyunturas políticas.

Desde la propuesta de Collier se han construido varias hipótesis alrededor de la supuesta secuencia evolutiva: centro ceremonial (período Formativo); templo rodeado de asentamiento (período de Desarrollos Regionales); ciudad (período Huari; por ejemplo, Schaedel, 1978). Esta secuencia no se da en ningún sitio concreto de los Andes. Se trata simplemente de una construcción teórica con fines comparativos. Curiosamente, no es posible aplicarla en toda su extensión ni a Mesopotamia, ni a los Andes. En los Andes, el desarrollo de la arquitectura ceremonial, de sorprendente envergadura, se inicia durante el período Arcaico (Haas *et alii*, 1987; Burger, 1992; Onuki y Millones, 1994) y antecede a las tendencias aglomerativas.

En Mesopotamia la arquitectura religiosa monumental se desarrolla tardíamente, en la época *postformativa*, como uno de los efectos del desarrollo urbano. Distinto es también el resultado de los dos procesos. En los Andes Centrales, en el transcurso del período de Desarrollos Regionales, las tendencias aglomerativas, tangibles desde los fines del Formativo, contribuyen a la creación de un original patrón de distribución. Durante este período la mayor concentración de asentamientos en los valles Virú (Willey, 1953), Santa (Wilson, 1988), Nepeña (Proulx, 1982, *inter alia*), Chíncha (Canziani, 1992), Ica (Massey, 1986; De Leonardis, 1991), Nasca (Silverman, 1993) suele localizarse en un lugar específico: En la entrada a la parte ancha costera del valle desde la porción más encajonada del valle medio o alto, de acuerdo al caso. La relación entre esta concentración y las bocatomas de canales es clara. En el norte, las aldeas se distribuyen entre los sitios fortificados de múltiples funciones, ceremoniales y residenciales de élite (por ejemplo, *castillos* en el valle de Virú). Otra aglomeración de sitios se extiende en el valle bajo en am-

bas orillas del río. Entre estas dos aglomeraciones se percibe una diferencia a primera vista. En el primer grupo, disperso, predominan estructuras domésticas y defensivas, de adobe y piedra. En el segundo, costero, relativamente concentrado, destacan imponentes contrucciones piramidales de adobe (por ejemplo, grupo Gallinazo y Castillo de Huancaco, Willey, 1953: 132-135, 202, 203, 205). La función ceremonial de estas últimas es clara y quedó comprobada en las excavaciones llevadas a cabo en los valles de Moche y Chicama (Mujica y Canziani, 1994, *inter alia*). ¿Habría que sacar la conclusión que el primer grupo de sitios tuvo funciones urbanas y el segundo funciones ceremoniales? La situación no parece tan sencilla. Las pirámides del valle bajo tienen áreas con huellas de intensas actividades productivas a su alrededor, y posibles residencias de élite en sus cimas. En los sitios habitacionales del valle medio se distinguen posibles componentes ceremoniales y residenciales de élite. Además, el patrón de asentamiento es en realidad disperso y la mayoría de sitios diseminados en el valle tiene entre 1 y 4 ha. Hay entre ellos, conjuntos clasificados como ceremoniales (pirámides), residencias de élite (contrucciones de varios ambientes y plano ortogonal), aldeas dispersas y aglutinadas (plano irregular). La dificultad para comprobar arqueológicamente cuáles son las unidades arquitectónicas ocupadas permanentemente por la población estable, y cuáles por períodos largos o breves, es el principal obstáculo en la interpretación. Los peregrinos, los señores de menor rango rindiendo tributo, las poblaciones desplazadas temporalmente para cumplir con los trabajos tipo *mita*, tuvieron que contar con un alojamiento cerca del templo o de la residencia del gobernante. Se requiere métodos de excavación muy finos para encontrar huellas de su presencia diferenciadas de aquellas dejadas por una población permanente. Ilustremos el problema con dos ejemplos de la costa sur: Cahuachi en el valle de Nasca con sus casi 200 ha. de estructuras aterrazadas y recintos fue considerada por Strong (1957), Rowe (1963), Lumbreras (1969), entre otros, como uno de los mejores ejemplos del urbanismo temprano en la costa sur. En la cuenca del Valle Grande de Nasca hay un solo sitio comparable en extensión pero sin imponentes estructuras públicas. Ventilla, en el cercano valle del Ingenio, del otro lado de la

Pampa (Silverman, 1993: 324-325). En Ventilla predominan terrazas con estructuras domésticas. Cabe resaltar que todos los sitios restantes son pequeños, poseen de 1 a 4 ha. Las excavaciones realizadas a cabo en Cahuachi por Orefici (1990, *inter alia*) y Silverman (1993) demostraron que la supuesta capital Nasca tuvo una función exclusivamente ceremonial y carecía de población permanente. En la interpretación de ambos arqueólogos, que trabajaron con metodologías distintas, las comunidades de toda la cuenca acudían periódicamente a los recintos previamente construidos por ellos en el centro ceremonial para producir indumentaria de culto, hacer sacrificios, depositar ofrendas, beber y comer en los días festivos. Un geoglifo en Cahuachi con Ventilla sugiriendo que ambos sitios conformaban un conjunto ceremonial. Si bien hay que esperar las investigaciones sistemáticas en Ventilla, resulta claro que las funciones ceremoniales se concentraban en Cahuachi. El ejemplo citado demuestra el grado en que la distinción entre un centro ceremonial y una aglomeración urbana, *sensu lato*, a partir de los criterios formales y evidencias de la superficie, puede resultar engañosa.

Cahuachi no es un caso aislado. Las excavaciones de Anders (1986) en Azángaro dieron resultados similares. Azángaro es un sitio planificado Huari. Si bien menos extenso que Huari mismo o Pikillakta, Azángaro tiene el típico trazo ortogonal de las supuestas ciudades fundadas por el imperio expansivo. Según Anders (1986), el diseño planificado se debe al deseo de expresar a través de la arquitectura una visión simbólica del tiempo y del espacio sagrado. El número y la distribución de ambientes corresponde bastante bien a la estructura del calendario Inca en el sistema de ceques, tal como este calendario fue reconstruido por Zuidema. Todo el conjunto planificado fue ocupado, por turnos, por la población que venía de todos los confines de la provincia, probablemente para cumplir con las obligaciones tributarias fijadas en el calendario ceremonial. Paradójicamente, los edificios no planificados, de planta caprichosa, fueron los únicos ocupados todo el año por los dos o cuatro curacas. La abundante fragmentería de cuencos y cántaros es el testimonio de agasajos que los curacas brindaban a sus súbditos cuando éstos ingresa-

ban o salían del recinto. Si los otros supuestos centros urbanos huari funcionaron de manera similar, lo que parece muy probable (Anders, 1986: 966-972), habría un gran parecido con las capitales provinciales inca, como Huanucopampa (Morris y Thompson, 1985). Mas que de una ciudad se trataría en este caso de un centro administrativo y ceremonial, con muy poca población permanente.

Para completar este apretado panorama, hay que mencionar los complejos de la costa norte como Galindo (Bawden, 1977) o Pampa Grande (Shimada, 1978). Se combinan en ellos dos tipos de conjuntos, los que en las épocas anteriores solían construirse por separado: Imponentes edificios piramidales aterrizados y arquitectura doméstica aglutinada. La ubicación de Galindo y Pampa Grande en puntos neurálgicos de sus valles respectivos, cerca de las bocatomas de canales troncales no puede ser casual y constituye una explicación para las tendencias aglomerativas. En la época del incremento de conflictos resultaba seguramente provechoso mantener buena parte de la élite guerrera concentrada en un solo lugar estratégico. No creemos, sin embargo, que el funcionamiento de estas capitales haya sido completamente distinto de Chanchán, cuya construcción se inicia dos siglos después. Chanchán, en la interpretación de equipo de Moseley (1982; Moseley y Rostworowski, 1990), es un conjunto de palacios con plataformas funerarias-mausoleos que contienen las tumbas de gobernantes. Entre estos conjuntos monumentales se extienden las residencias de élite de planta regular y la maraña aglutinada de casas y *caravenseraí*. La mayor parte de la producción es para uso ceremonial, incluyendo el culto funerario de los reyes de Chimor.

En todos los casos citados las aglomeraciones de aspecto urbano se definirían mejor como centros administrativos y ceremoniales de Estados regionales que como ciudad de tipo *polis* griega o ciudad-Estado sumeria. Ésta es otra de las grandes diferencias con el urbanismo mesopotámico.

La comparación que acabamos de esbozar sugiere, desde nuestro punto de vista, que el sistema de asentamientos característico para los An-

des Centrales difiere en varios aspectos centrales de sistemas urbanos del Mediterráneo Oriental. La población permanente en la mayoría de supuestos centros urbanos es tan limitada que el área utilizada con fines estrictamente habitacionales no debió haber sobrepasado un 10% del área total. Esta característica sorprendente se manifiesta tanto en los complejos planificados, hipotéticas capitales provinciales de imperios, como en los sitios de crecimiento desordenado (por ejemplo, Cahuachi, Azángaro, Huánuco Pampa). La mayoría de estructuras monumentales tuvo funciones ceremoniales, incluyendo funerarias, y administrativas. En las estructuras menores se encontraban depósitos y talleres de producción de parafernalia de culto. Por ende, el nombre de *centro administrativo-religioso*, o en algunos casos el de *complejo palaciego*, se adecúa mejor que el de *la ciudad* a la función desempeñada por los conjuntos arquitectónicos excavados. Podría decirse, a partir de las evidencias disponibles, que el sistema andino fue *anti-urbano*, si es que se toma por referencia las características esenciales del urbanismo occidental. En los Andes, eficientes ideologías religiosas y nutridos calendarios ceremoniales regulaban desplazamientos anuales de grupos de población, y con ellos el movimiento de los servicios y bienes requeridos, esto se puede apreciar en la descripción del sistema inca por los cronistas españoles: Betanzos, Molina, Cobo, etc.

La arquitectura monumental, distribuida a lo largo de caminos y canales de riego, agrupada en los centros ceremoniales de distinto rango, orientaba los flujos de mano de obra y de productos, convertía el paisaje profano en un escenario sagrado y otorgaba a los tributos en trabajo y en productos, el carácter de obligación religiosa. Las preparaciones para la guerra y los intercambios comerciales no escapaban de este marco ceremonial. La mayor parte de población en todas las épocas, desde el Precerámico, vivía en asentamientos dispersos, localizados fuera del límite de cultivos; su área promedio no sobrepasaba las 4 ha., salvo casos de capitales regionales, probables residencias de élite guerrera. Escasas aglomeraciones (por ejemplo, Huari, Pampa Grande, Cajamarquilla, Chanchán, Huánuco Pampa) deben su existencia al urbanismo com-

pulsivo del Estado. Ninguna de estas aglomeraciones sobrevivió a la coyuntura política que contribuyó en su fundación. La hipótesis expuesta explicaría las características particulares del urbanismo *sui generis* andino:

a) La inestabilidad del sistema de asentamientos. Ésta se refleja en la ausencia de los *tell* urbanos estratificados (los que se observan en la estratigrafía de asentamientos con ocupaciones múltiples) sin largos *hiatus* (interrupciones en la secuencia de ocupaciones sucesivas) y en cambios drásticos en la distribución espacial de sitios cada 500 a 600 años.

b) La predominancia de la arquitectura pública en todos los complejos considerados urbanos, documentados hasta el presente.

c) La recurrencia de las formas de arquitectura ceremonial (por ejemplo, la plaza, el patio hundido, el recinto cercado, la plataforma escalonada, la pirámide con rampa) en los sitios calificados como centros urbanos o administrativos.

IV. EL SÍNDROME DE ÇATAL HÜYÜK

Las categorías de centro ceremonial y de centro ceremonial poblado, con las que se suele relacionar los orígenes del urbanismo, aparecen, simultáneamente, en la costa y en la sierra norte del Perú, desde el Arcaico Superior (aproximadamente 2700-1800/1500 años a.C.; véase Burger, 1992; Kaulicke, 1994). Aislados antecedentes en el período anterior, y la relación cronológica directa con el fin del proceso de domesticación de la mayoría de cultígenos (Bonavia, 1993-95) y camélidos, insinúan que la aparición precoz de la arquitectura pública forma parte del proceso mismo de constitución de sociedades sedentarias, agrícolas, y pastoriles en los Andes Centrales (Bonnier y Rosenbberg, 1988). La introducción de la cerámica no implica cambios culturales de importancia, incluyendo la evolución de formas arquitectónicas, y la mayoría de tradiciones (por ejemplo, Kotosh-Mito, templos en forma de «U») continúa desarrollándose hasta el comienzo del Formativo Medio, aproximadamente 800 años a.C. Es menester enfatizar, que la aparición de la arquitectura pública constituye, para varios va-

lles, la primera evidencia tangible del modo de vida sedentario. Las construcciones monumentales de carácter religioso, las artes figurativas con iconografía compleja y la formación del complejo agropecuario con la casi totalidad de especies domésticas conocidas en la época prehispanica, anteceden por más de mil años a la difusión de técnicas alfareras. El término «Formativo Prececerámico» sería mucho más adecuado para describir las características de la época mencionada, que el concepto de «Arcaico Superior o Tardío» que usan los partidarios de los sistemas cronológicos de corte procesual. En todos caso, se trata de una época comparable con el Neolítico Prececerámico en el Mediterráneo Oriental, que tiene poco en común con la cultura de recolectores y cazadores del Arcaico Inferior y Medio.

El surgimiento de arquitectura compleja y de los complejos monumentales de apariencia urbana podría parecer incompatible con el esquema de evolución al que estamos acostumbrados. Sin embargo, en el transcurso de medio siglo, que nos separa de la época en la que surgieron modelos interpretativos de Childe y Steward, ha ocurrido un dramático cambio de opiniones en cuanto a las potencialidades de la sociedad neolítica. Atrás quedó la imagen de una comunidad agrícola indiferenciada, si bien las perspectivas utópicas como la de la civilización de la Gran Madre, propuesta por Gimbutas (1991) se siguen forjando hoy en día. Desde las primeras síntesis de Renfrew (1983) se ha establecido que las sociedades agrícolas del Neolítico Temprano, que vivían en las periferias y cultivaban suelos arenosos, eran capaces de crear obras de arquitectura megalítica de funciones diversificadas y sorprendente envergadura, de los cuales el Stonehenge es el más conocido. Hay entre ellas centros ceremoniales, templos, casas comunitarias o de élite y tumbas. Durante milenios aquellos monumentos marcaban centros de comunidades territoriales.

La arquitectura megalítica se ha convertido en el ejemplo preferido de la arqueología contextual para demostrar cómo surgen las élites dentro de las sociedades igualitarias de parentesco (*peer polities*) y cómo las doctrinas religiosas e ideológicas del poder se reflejan en la decoración cerámica y en los patrones funerarios (Hodder, 1982;

Shanks y Tilley, 1987). Curiosamente en el pujante Neolítico del Mediterráneo Oriental, de Balcanes o de Europa Central (Bandas Incisas), en las zonas densamente pobladas y responsables por la difusión de novedosas técnicas en agricultura y ganadería, en vano se buscaría sitios con arquitectura monumental. Hay, sin embargo, en estas mismas zonas, situaciones sorprendentes que algunos autores, particularmente los que fueron responsables de su descubrimiento, interpretaban en términos de un urbanismo precoz. Los ejemplos más destacados conforman, en el orden cronológico: Jericó, (PPNA y B de Palestina), Buqras y Abu Hureyra (PPNB de Siria del Norte), Çatal Hüyük (Neolítico precerámico y cerámico de Anatolia), Tell-es-Sawwan y Tschoga Mami (Neolítico Cerámico Temprano, cultura Samarra, Mesopotamia). Caractericemos brevemente estos casos, empezando por Jericó, cuyo primer período de existencia se sitúa en los inicios mismos del proceso de sedentarización. Los primeros 1000 años de existencia del sitio (PPNA, aproximadamente 8350-7350 años a.C.) se distribuyen en 25 capas de reconstrucción. El asentamiento, compuesto de chozas de planta circular, abarcaba 4 ha. y era protegido por una muralla de 900 m de largo y aproximadamente 5 m de alto, con un torreón de 9 m de alto y 12 m de diámetro (Kenyon, 1957). El número aproximado de casas se calcula en 660 y la población entre 2000 y 3000 habitantes. En Buqras y Abu Hureyra (PPNB) las casas poseen plantas rectangulares y están construidas de adobe (Cauvin, 1978). Abu Hureyra tiene 11 ha. (Moore *et al.*, 1975), Buqras sólo 3 ha., pero en este último sitio se han encontrado las más tempranas evidencias de calles y de sistemas de desagüe. Çatal Hüyük es un caso aparte: 14 fases estratigráficamente sobrepuestas que abarcan casi 8 siglos de historia de asentamiento cerámico, entre los 6250 y 5400 años a. C. (sin calibrar), con antecedentes aún desconocidos, 32 acres, aproximadamente 5000 habitantes, casas de 25 m² en promedio. El sitio fue proclamado por Mellaart (1967), su descubridor, y por Gimbutas (1991) como el mayor de asentamiento del Neolítico mundial, más grande que Troya VI, Gordion, e incluso Smirna en tiempos griegos. Sorprendentes ambientes de culto con frescos y relieves de compleja iconografía, ricos entierros secundarios,

testimonios de un ritual complejo, abundancia de materias primas importadas hacían pensar a Mellaart que había descubierto la primera sociedad urbana en la historia de la humanidad, 3000 años anterior a las ciudades sumerias.

Tell-es-Sawwan y Tschoga Mami en Mesopotamia (Mellaart, 1975; Redman, 1978), como Çatal Hüyük en Anatolia son los sitios más antiguos en los que se ha encontrado evidencias de sistemas de riego a pequeña escala, en la modalidad cercana a la agricultura de inundación. Tell-es-Sawwan tiene sólo 2.5 ha. de superficie pero destaca por su complejas fortificaciones, que comprenden murallas, fosa y torre, así como por la arquitectura de casas multifamiliares muy amplias (3 por 9 m). Tschoga Mami es más extenso (abarca 5 ha.), está igualmente fortificado (como los sitios anatolios de su tiempo), aunque no ha sido bien estudiado.

¿Hasta qué punto los sitios que acabamos de describir brevemente son realmente urbanos? Hay argumentos a favor. Por ejemplo, el surgimiento de estos sitios guarda alguna relación, no muy bien entendida aún, con el desarrollo de redes de intercambio a larga distancia. En primer lugar se trata de obsidiana, pero podemos hablar también de conchas decorativas (por ejemplo, *Dentatum*), sal y bitumen. En los casos anatolios y mesopotámicos es evidente una avanzada especialización de producción en piedra, madera e incluso metal. El análisis cuidadoso y sistemático de la arquitectura y costumbres, hecho consecutivamente por Todd (1976), Renfrew (1984) y recientemente por Wason (1994) demuestra que esta conclusión sería prematura y mal fundamentada. No hay evidencias de una diferenciación interna en la sociedad de Çatal Hüyük. El caso de Jericó es más evidente aún en este aspecto. Por otro lado, hay que enfatizar que los casos citados son realmente excepcionales y no tienen paralelos en sus regiones respectivas. Queda una sola conclusión posible. Las condiciones del *optimum* climático y los adelantos tecnológicos pusieron a algunas comunidades en situación de ventaja frente a las demás. Es menester poner en claro que estos desarrollos sorprendentes no guardan ninguna relación causal con el urbanismo de la Edad de Bronce del que están separados por casi 3000 años.

V. ARQUITECTURA PÚBLICA Y EL SURGIMIENTO DE LA COMPLEJIDAD SOCIAL

La hipótesis del urbanismo precoz en los Andes no está, lo hemos visto, respaldada por los paralelos de otros focos de civilización. Quedan, sin embargo, algunos argumentos a su favor. Desde el punto de vista formal, todas las categorías generales de sitios con arquitectura pública, que se conocen en los períodos posteriores, están representadas en el período Arcaico (Precerámico) Tardío: La estructura ceremonial aislada (Las Haldas, La Galgada, Mina Perdida; Fung, 1988; Grieder, *et al.*), el complejo de estructuras ceremoniales (Áspero, Salinas de Chao, Chupacigarro-Caral, Taukachi-Konkán, Kotosh; Feldman, 1985, 1991; Pozorski y Pozorski, 1987; Onuki, 1994), el complejo planificado y articulado alrededor de plazas y ejes de comunicación (El Paraíso, Moxeke; Feldman, 1991; Pozorski y Pozorski, 1987). Hay otros aspectos comparables con grandes complejos de períodos posteriores: a) La costumbre de construir recintos ceremoniales nuevos encima de los templos abandonados, y sepultados ritualmente (véase Burger 1992, 1993; Bonnier y Bischof, 1997). b) La extensión de hasta 220 ha. (por ejemplo, Caballo Muerto; Pozorski, 1982; Haas y Pozorski, 1987). c) Impresionantes volúmenes construidos en adobe y piedra (por ejemplo, Sechín Alto, 300 x 250 x 44 m, [Pozorski y Pozorski, 1987]). d) La decoración figurativa de fachadas (por ejemplo, Garagay; Ravines e Isbell, 1975; Cerro Sechín; Lerner *et al.*, 1995; Caballo Muerto; Pozorski, 1975, 1982). e) La diversidad formal, y potencialmente funcional, de arquitectura (por ejemplo, Moxeke, Huaca de los Reyes). Los datos acerca de áreas domésticas y de depósitos están sesgados, puesto que se desprenden del avance de investigaciones de campo y del estado de conservación. Sin embargo, se han documentado amplias áreas habitacionales como componente tanto de los complejos planificados (como si no), como de los sitios con estructuras monumentales aisladas: Cardal, Monte Grande (Tellenbach, 1986), Moxeke. Estas evidencias a favor de la fecha temprana para el inicio del urbanismo *sensu lato* en los Andes se ven contrarrestadas por el contexto socioeconómico. La imagen de una sociedad relativamente igualitaria y

pacífica se desprende de las costumbres funerarias. Por otro lado, la época de la construcción de grandes centros ceremoniales culmina de manera abrupta cuando el incremento en los intercambios de materias primas (obsidiana, *Spondylus sp.*) y de parafernalia de culto (cerámica, textiles), así como el surgimiento de élites (por ejemplo, tumbas de Kúntur Wasi [Onuki, 1995]) se vuelven notorios durante el Horizonte Temprano (Formativo Medio, aproximadamente 800-200 años a.C.). Se ha intentado correlacionar estas tendencias de desarrollo socioeconómico, con la ampliación gradual del área de dependencias en Chavín de Huántar y con la aparición de sitios con arquitectura de diseño ortogonal (por ejemplo, San Diego), como expresiones de un urbanismo incipiente (Burger, 1992, 1998). No obstante, no fue posible aún demostrar que los cambios mencionados se deben efectivamente al incremento de la población permanente, y no se desprenden de funciones ceremoniales específicas. Campamentos de peregrinos, recintos para banquetes rituales, talleres de producción de parafernalia de culto, etc., pueden dejar vestigios similares.

Retomando nuestra pregunta inicial ¿Qué tipo de urbanismo buscamos? Creemos que las evidencias que acabamos de presentar apuntan hacia la cuarta y última de las respuestas alternativas. El estudio de arquitectura del período Arcaico Superior y del Formativo Temprano revela rasgos muy originales del patrón andino de asentamientos, cuyos principios son, en esencia, opuestos a las soluciones por las que optaron sociedades del Mediterráneo Oriental. El problema terminológico nos parece secundario frente al nuevo reto y nuevas preguntas que la aceptación de esta hipótesis implica. ¿Qué tipos de organización política y religiosa, qué ideologías y doctrinas religiosas explicarían los fenómenos tan sorprendentes como la acumulación de arquitectura monumental en ciertos valles y su ausencia en otros? ¿Qué implicaciones tiene la existencia de arquitectura compleja y planificada como la de la Pampa de las Llamas-Moxeke? Desde nuestro punto de vista, los contextos excavados en Caral por Ruth Shady invitan a repensar el papel de los centros ceremoniales en el Arcaico Superior. Se mencionó la coexistencia de estructuras de tipo costeño y de tipo serrano, así como la

presencia de los productos perecibles provenientes del litoral en este sitio del valle medio. El carácter ceremonial de la mayoría (¿totalidad?) de estructuras es evidente, así como un tiempo relativamente largo de uso, que podría explicar la considerable extensión del sitio y el número de estructuras. ¿Habría que pensar en centros ceremoniales de prestigio regional, supraétnico, en el Arcaico Superior, los que a manera de Chavín, reunían periódicamente a representantes de poblaciones de la costa y de la sierra? Gracias a las excavaciones sistemáticas de Shady estaremos pronto en condiciones de contrastar a ésta y otras hipótesis alternativas, como por ejemplo la de Dillehay (1992), inspirada por la geografía sagrada de los Mapuche.

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS R. Mc. C.
1981 *The land behind Baghdad*. Chicago.
- 1965 *Heartland of cities*. Chicago.
- ADAMS R. Mc. C. y H. J. NISSEN
1972 *The Uruk countryside*. Chicago.
- ALGAZE G.
1993 *The Uruk World System. The dynamic Expansion of Early Mesopotamian Civilization*. Chicago: Chicago, University Press.
- ANDERS M. B.
1986 *Dual organization and Calendars inferred from the planned site of Azangaro-Wari administrative strategies*. Vols I-III, Ph.D. Thesis. Cornell University Ann Arbor Microfilms.
- BAWDEN G. L.
1977 *Galindo and the nature of the Middle Horizon in northern coast of Peru*. Ph. D. dissertation. Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge Ma.
- BOETHIUS A.
1948 *Roman and Greek Town Architecture*. Londres.
- BONAVIA, D.
1993-1995 «La domesticación de las plantas y los orígenes de la agricultura en los Andes Centrales». En *Revista Histórica*, 38, pp.77-107.
- BONNIER, E. y C. ROSENBERG
1988 «Del santuario al cacero: acerca de la neolitización en la Cordillera de los Andes Centrales». En *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 17(2), pp. 23-40.
- BONNIER, E. y H. BISCHOF
1997 *Arqueológica Peruana 2: Arquitectura y Civilización en los Andes Prehispánicos*. Mannheim.
- BRENNAN, C. T.
1980 «Cerro Arena. Early Cultural Complexity and Nucleation in North Coastal Peru». En *Journal of Field Archaeology* 7, pp. 1-22.
- 1982 «Origins of the urban tradition on the Peruvian north coast». En *Current Anthropology* 23, pp. 247-254.
- BURGER, R.L.
1992 *Chavin and the origins of Andean Civilization*. Londres: Thames and Hudson.
- 1993 *Emergencia de la civilización en los Andes. Ensayos de interpretación*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- 1998 *Excavaciones en Chavín de Huántar*. Lima: PUCP.
- BURGER R. y C. Makowski (comp.),
E. p. *El valle de Lurin en el Periodo Formativo*. Lima: PUCP.
- BUTZER, K.W.
1976 *Early Hydraulic Civilization in Egypt*. Chicago.
- CANZIANI, José
1987 *Asentamientos humanos y formaciones sociales en la Costa Norte del Antiguo Perú*. Lima: INDEA.
- 1992 «Arquitectura y urbanismo del Período Paracas en el valle de Chíncha» En *Gaceta Arqueológica Andina*, Vol. VI, N° 22, Lima, INDEA, pp. 87-117.

- CASTAGNOLI, F.
1956 *Ipodameo de Mileto e l'urbanistica a pianta ortogonale*. Roma.
- CAUVIN, J.
1978 *Les premiers villages de Syrie-Palestine du IXème au VIIème millénaire av. J.C.* Maison du Proche Orient, Lyon.
- CAVATRUCCI, C.,
1990 «Cajamarquilla: un centre urbain de la Côte Centrale». En *Inca-Perú, 3000 ans d'histoire* editado por Sergio Purin, pp. 224-234. Bruxelles.
- CHILDE, V. Gordon
1982 *Los orígenes de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1985 *Qué sucedió en la historia*. Barcelona: Editorial Planeta.
- CHUECA Goitia F. y L. TORRES BALBAS
1981 *Planos de ciudades iberoamericanas y Filipinas*. Madrid: IEAL.
- CRAWFORD H.
1991 *Sumer and the Sumerians*. Cambridge: Cambridge University Press.
- DIAKONOFF I. M.
1982 «The structure of Near Eastern society». En *Oikumene*, Vol. 3, pp. 7-100.
- DILLEHAY T. D.
1992 «Widening the socio-economic foundations of Andean Civilization: prototypes of early monumental architecture». En *Andean Past* 3, pp. 55-65.
- DONNAN Ch. (ed.)
1991 *Early Ceremonial Architecture in the Andes*. Washington.
- DONNAN Ch. y G.A. COCK
1986-1997 *The Pacatnamu Papers*, Vols. 1, 2. Los Angeles.
- FUNG R.
1972 «Las Haldas: su ubicación dentro del proceso histórico del Perú Antiguo». En *Dédalo* 5 (10), pp. 1-208.
- 1988 «The Late Preceramic and Initial Period». En *Peruvian Prehistory: An Overview of Pre-Inca and Inca Society*, editado por W. Keating, pp. 67-96. Cambridge: Cambridge University Press.
- FOSTER B.R.
1981 «A new look at the Sumerian Temple state». En *Journal of Economic and Social History of the Orient*, Vol. 24, pp. 225-234.
- 1982 *Administration and use of institutional land in Sargonic Sumer*. Copenhagen.
- GIBSON Mc G.,
1972 *City and area of Kish*. Miami.
- GIMBUTAS M.,
1991 *The civilization of the Goddess: the World of Old Europe*. San Francisco: Harper Ed.
- GRIEDER, T., A. BUENO, C. EARLE SMITH y R. MALINA
1988 *La Galgada, Peru: A Preceramic Culture in Transition*. Austin: University of Texas Press.
- HAAS J., Sh. y Th. POZORSKI
1987 *The origins and development of the Andean State*. Cambridge University Press.
- HAGEN VON, A. y C. MORRIS
s. f. *The cities of the Ancient Andes*. London.
- HARDOY, J.E.
1968 *Urban planning in pre-Columbian America*. New York: Brazillier.
- 1972 *Pre-Columbian cities*, New York. Walke.
- 1978 «European Urban Forms in the Fifteenth to Seventeenth Centuries and Their Utilization in Latin America». En Schaedel *et al.*
- HAAS J., S. y T. POZORSKI,
1987 *The origins and development of the Andean State*. Cambridge.
- HAYS, K.A.
1993 «When is a symbol archaeologically meaningful?: meaning, function, and prehistoric visual arts». En *Archaeological theory: who sets the agenda?* editado por N. Yoffee y A.

- Sherratt, pp. 81-92. Cambridge: Cambridge University Press.
- HEYERDALH, T., D. H. SANDWEIS y A. NARVÁEZ
1995 *Pyramids of Túcume: The Quest for Peru's Forgotten City*. London.
- HODDER, I.
1982 «Sequences of Structural Change in the Dutch Neolithic». En *Symbolic and Structural Archaeology* editado por I. Hodder. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1990 *The domestication of Europe: Structure and Contingency in Neolithic Societies*, Oxford: Basil Blackwell.
- HYSLOP, J.
1990 *Inka Settlement Planning*. Austin.
- ISELL, W. H.
1977 *The Rural Foundation for Urbanism: economic and Stylistic Interaction between Rural and Urban Communities in Eight-Century Peru*. Urbana: University of Illinois Press.
- 1984 *Huari urban prehistory in the Central Andes: some approaches and results*, BAR International Series vol. 210, Oxford.
- 1988 «City and state in Middle Horizon Wari». En *Peruvian Prehistory* editado por R. W. Keatinge, pp. 164-189. Cambridge University Press.
- ISELL, W.H., MCEWAN G.F.
1991 *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government*. Washington D.C.
- KAULICKE, P.
1994 *Los orígenes de la civilización andina. Arqueología del Perú. Historia del Perú* editado por J. A. del Busto Duthurburu. Lima: Ed. Brasa S.A.
- KENT, S. (ed.)
1990 *Domestic Architecture and the Use of Space: An Interdisciplinary Cross-Cultural Study*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KENYON, K.M.
1957 *Digging up Jericho*, Londres. Thames and Hudson.
- KRIESIS, A.
1965 *Greek Town Building*. Athenas.
- LAVALLÉE, D.
1995 *Promesse d'Amérique. La préhistoire de l'Amérique du Sud*. Paris: Libr. Hachette.
- LERNER, S., Cárdenas M. y P. Kaulicke (eds.)
1995 *Arqueología del Cerro Sechín II*. Lima: PUCP.
- LUMBRERAS, Luis G.
1975 *Las fundaciones de Huamanga*. Lima, El Club Huamanga.
- LUMBRERAS, Luis G.,
1986 «Childe and the Urban Revolution: the Central Andean Experience». En *The Gordon Childe Colloquium*. México.
- LUMBRERAS, Luis G.,
1989 «El estudio arqueológico del Estado». En *Gaceta Arqueológica Andina*, Vol IV, N°16, Lima, INDEA, pp. 3-5.
- MALDONADO, E.
1992 *Arqueología del Cerro Sechín, Arquitectura I*. Lima: PUCP.
- MAKOWSKI, K.
1996 *La ciudad y el origen de la civilización en los Andes* (Cuadernos de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú 15) Lima.
- 1999 «Las primeras civilizaciones en los Andes». En *Tesoros del Perú Antiguo*, pp. 15-49. Córdoba: Publicaciones Obra Social y Cultural Caja Sur.
- s. f. «La nascita e lo sviluppo delle città in America Meridionale». En *Enciclopedia Archeologica*. Roma: Istituto della Enciclopedia Italiana (en prensa).
- MARGUERON, J.
1982 *Recherches sur les palais mésopotamiens de l'âge de bronze*. Paris.

- MELLAART, J.
1967 *Çatal Hüyük: A Neolithic Town in Anatolia*. Londres: Thames and Hudson.
- 1975 *The neolithic of the Ancient Near East*. New York: Charles Scribner's Sons.
- MILLER, D. y TILLEY, C. (eds.)
1984 *Ideology, Power and Prehistory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MILLONES, L. y ONUKI, Y.
1994 *El mundo ceremonial andino*. Lima: Editorial Horizonte.
- MOORE, A.M.T., G.C. HILLMAN y A.J. LEGGE
1975 «The excavation at Tell Abu Hureyra in Siria. A Preliminary Report». En *Proceedings of the Prehistoric Society* 41, 1975, pp. 50-77.
- MORRIS, C. y D.E. THOMPSON
1985 *Huánuco Pampa: An Inca City and its Hinterland*. Londres: Thames and Hudson.
- MOSELEY, M.E y K.C. DAY (eds.)
1982 *Chan Chan: Andean desert city*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- MOSELEY, M.E., CORDY COLLINS A., y M. ROSTWOROWSKI (eds.)
1990 *The northern dynasties kinship and statecraft in Chimor, A Symposium at Dumbarton Oaks (October 1985)*, Washington, Dumbarton Oaks Library.
- ONUKI, Y.
1993 «Las actividades ceremoniales tempranas en la cuenca del Alto Huallaga y algunos problemas generales». En Millones y Onuki (eds.), pp. 71-96.
- 1995 *Kúntur Wasi y Cerro Blanco. Dos sitios del Formativo en el Norte del Perú*. Hokusen-Sha.
- OREFICI G.
1990 «Evidencias arqueológicas de la influencia de los cambios climáticos en la evolución de la cultura Nazca». En *El fenómeno de El Niño a través de las fuentes arqueológicas y geológicas* editado por J.Grodzicki y M.Ziolkowski, pp. 102-126. Varsovia.
- POZORSKI T.
1975 «El Complejo de Caballo Muerto: los frisos de barro de la Huaca de los Reyes». En *Revista del Museo Nacional* 41, pp. 211-251.
- 1982 «Early social stratification and subsistence systems: the Caballo Muerto Complex». En *Chan Chan: Andean Desert City* editado por M.E.Moseley y K.Day, pp. 225-253, Albuquerque: University of New Mexico Press.
- POZORSKI, S. y T. POZORSKI
1987 *Early Settlement and subsistence in the Casma Valley*. Iowa City: University of Iowa Press.
- PROULX, D.A.
1982 «Territoriality in the Early Intermediate Period: the case of Moche and Recuay». En *Ñawpa Pacha*, Vol. 20, pp. 83-96.
- RAVINES R. Y W.H. ISBELL,
1975 «Garagay: sitio ceremonial temprano en el valle de Lima». En *Revista del Museo Nacional* 41, pp. 253-281.
- QUILTER, J.
1985 «Architecture and Chronology at El Paraíso, Peru». En *Journal of Field Archaeology* 12, pp. 279-297.
- 1991 «Late Preceramic Peru». En *Journal of World Prehistory* 5 (4), pp. 387-438.
- RAVINES, R. y ISBELL W.H.
1975 «Garagay: sitio ceremonial temprano en el valle de Lima». En *Revista del Museo Nacional* 41, pp. 253-281.
- REDMAN, C.
1978 *The Rise of Civilization. From early farmers to urban society in the Ancient Near East*. San Francisco: W. H. Freeman and Co.
- RENFREW, C. (ed.)
1983 *The Megalithic Monuments of Western Europe*. Londres.
- ROWE, J.H.
1963 «Urban Settlements in Ancient Peru». En *Ñawpa Pacha*, Vol. 1, pp. 1-27.

- SANDERS, W. T. y B. PRICE
1968 *Mesoamerica. The evolution of a civilization.* New York: Random House.
- SANDERS, W. T. y D. WEBSTER
1988 «The Mesoamerican Urban Tradition». En *American Anthropologist*, Vol. 90, pp. 521-546.
- SCHAEDEL, R.P.
1966 «Incipient Urbanization and Secularization in Tiahuanacoid Peru». En *American Antiquity*, Vol. 31, pp. 338-344.
- 1966 «Urban Growth and Ekistics on the Peruvian Coast». En *Actas y Memorias del 36 Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. 1, pp. 531-539, Sevilla.
- 1969 «On the Definition of Civilization, Urban, City and Town in Prehistoric America», en: *The Urbanization Process in America from its Origins to the Present Day. Actas y Memorias del 36 Congreso Internacional de Americanistas*, vol 1: 3-11, Buenos Aires.
- 1978 «The City and the Origin of the State in America». En *Urbanization in the Americas from its Beginnings to the Present*, editado por R. P. Schaedel, pp. 31-49, The Hague: Mouton Publ.
- 1980 «The Commonality in Processual Trends in the Urbanization Process: Urbanization and the Redistributive Function in the Central Andes». En *Origin of Cities and Complex Societies in the Americas. A Brief Reader* editado por R. P. Schaedel pp. 10-24. Berlín.
- 1988 «Andean World View: Hierarchy or Reciprocity, Regulation or Control?». En *Current Anthropology*, Vol. 29(5), pp. 768-775.
- SCHREIBER, K.J.
1992 *Wari Imperialism in Middle Horizon Peru.* Ann Arbor.
- SERVICE, E.R.
1975 *Origin of the State and Civilization.* New York: Norton.
- SHADY, R.
1997 *La Ciudad Sagrada de Caral-Supe en los albores de la civilización en el Perú.* Lima: UNMSM.
- SHANKS, M. y Ch. TILLEY
1987 *Reconstructing Archaeology. Theory and Practice.* Cambridge: Cambridge University Press.
- SHIMADA, I.
1991 *Pachacamac Archaeology: Retrospect and Prospect*, introduction to M. Uhle, *Pachacamac (1903)*, reprint 1991, Philadelphia.
- 1994 *Pampa Grande and the Mochica Culture.* Austin.
- SILVERMAN, H.
1993 *Cahuachi in the Ancient Nasca World.* Iowa: University of Iowa Press.
- STEWART, J. H., et al.
1955 *Las Civilizaciones Antiguas del Viejo Mundo y de América. Simposio sobre las civilizaciones de regadío.* Washington D.C.: Unión Panamericana.
- TELLENBACH, M.
1986 *Las excavaciones en el asentamiento Formativo de Montegrande, valle de Jequetepeque en el norte del Perú*, *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, Band 39.